

*A CUATRO DÉCADAS DEL COMIENZO DE UNA ETAPA.
APUNTES MARGINALES PARA LA HISTORIA DE
LA ANTROPOLOGÍA ARGENTINA **

*Alberto Rex González ***

Aclarando el subtítulo, llamo marginales a estas notas porque su autor no pertenece ya, por soberano decreto oficial, a los investigadores que constituyen el centro activo de la investigación en nuestro país. No es otro el estatus que se otorga a quien pasa a revistar compulsivamente en calidad de jubilado, quedando fuera de la institución que lo albergó por treinta y seis años, confiriéndole la confianza de su condición de investigador. Todos sabemos que el papel de un jubilado no es el de seguir trabajando y menos el de participar de un foro como éste, donde se discuten arduas problemáticas de difícil alcance a mentes jubiladas, ya que el jubilado debe —por las limitaciones que se supone adquiere— pasar a arrojarle migajas a las palomitas de una plaza pública cualquiera, o mirar televisión en su casa, siempre y cuando aún le queden algunas migajas o conserve todavía su televisor. Pero como rechazo tozudamente el obligatorio estatus en que me colocan con toda arbitrariedad y con criterio sólidamente burocrático —si es que no hay otras razones que nunca conoceremos pero que mentes alertadas sospechan—, trataremos de ver si podemos contribuir a este Congreso con algunas reflexiones, según sintetiza el título, sean marginales o no.

* Una versión de este trabajo se ha publicado también en el *Anuario IEHS*, Nº 5: 13-28, Tandil, Instituto de Estudios Histórico-Sociales, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, 1990.

** *Alberto Rex González*, Museo Etnográfico "Juan B. Ambrosetti", Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Moreno 350, (1901) Buenos Aires.

I. — El proceso evolutivo de la historia cultural, y por ende, de la ciencia, es esencialmente acumulativo. Lo recreado es la suma de lo emergente con lo que existía previamente. Parecería entonces que frente a lo nuevo poca importancia tienen conclusiones emanadas de hechos pasados como base de las formulaciones futuras. Pero aun suponiendo que estas premisas sean correctas, la historia nos sirve para situar los límites de una disciplina objetivando nuestro quehacer y fijando nuestro propio momento en relación con las situaciones anteriores. Aunque estas reflexiones se refieren específicamente a la historia de la arqueología argentina, creemos que tienen vigencia en esta reunión por la pertenencia de la arqueología al quehacer antropológico, como una de sus ramas, y además porque hace cuatro décadas la arqueología era la disciplina predominante dentro de nuestras Ciencias del Hombre.

II. — Si queremos buscar hechos que jalonen el tiempo, no hay dudas de que la década de los '50 marcó una etapa dentro de nuestras disciplinas.

Con los cambios habidos en la época de postguerra, hacia la década del '40 adviene el desarrollo y el acceso del peronismo al poder, cambio drástico en la historia política argentina y por supuesto en nuestras disciplinas. En la década que sigue ocurren para nosotros dos hechos fundamentales. Por un lado, la cesantía y la eliminación mayoritaria de los antropólogos de la vieja guardia: Márquez, Miranda, Aparicio, Canals Frau, Salas, Frenguelli, Carlos Vega, etc. Palavecino es cesanteado en la Universidad de Tucumán, pero logra de inmediato acceder a una cátedra en la Universidad de La Plata, donde Vignati continuaba en su cargo. Lo mismo ocurrió con Serrano en Córdoba e Imbelloni en la Universidad de Buenos Aires. Poco tiempo después se produce el arribo de los profesores e investigadores que de una manera u otra estuvieron ligados —en mayor o menor grado— con el nazifacismo (hecho que no está demasiado desvinculado de la llegada de los submarinos alemanes que buscaron refugio en estas costas. Entre estos profesores estaban Miguel de Ferdinandy, que se instaló al frente del Instituto de Antropología de la Universidad de Cuyo, y Branimiro Males, que asumió en el Instituto de la Universidad de Tucumán, reemplazando en sus cargos a los profesores argentinos cesanteados. En la misma época Menghin se incorpora al Museo Etnográfico que dirigía José Imbelloni, y en forma independiente se suma el joven Marcelo Bórmida, discípulo de Sergi. Habría que agregar, por coincidencia fortuita, la terminación de su carrera en los Estados Unidos de quienes serían los primeros egresados argentinos en escuelas de Antropología de aquel país. Uno de ellos es Esther Hermitte,

especializada en Antropología Social en la Universidad de Chicago; el segundo fue quien estas líneas escribe, egresado —con sus exámenes finales pero no con su tesis— de la Universidad de Columbia (N. Y.) y especializado en Arqueología.

La cesantía casi masiva de los antropólogos se debió a que en su mayoría habían firmado un manifiesto democrático o se habían expresado en contra de la incipiente tendencia política, convertida pronto en gobierno. El cambio fue drástico, al desaparecer la plana mayor de los investigadores existentes y ser reemplazados por un grupo con una ideología política o cuyos enfoques científicos acordes, eran perfectamente definidos. Los primeros, todos argentinos o ciudadanizados como el caso de Aparicio y Canals Frau, terminaron abruptamente su labor y ya nada volverían a producir en el campo de la investigación. La mayor parte de ellos había cumplido ya provechosas tareas y estaban en una etapa de plena madurez. En cambio otras eran figuras jóvenes y harto promisorias, como fue el caso de M. A. Salas.

La teoría científica de los antropólogos eliminados de sus cargos resulta muy difícil de definir con claridad. Por lo contrario, la de los recién llegados poseía una línea teórica muy clara: la misma que había liderado Imbelloni por años y a la que nadie, estuviera o no de acuerdo, había osado oponerse; y esto era parte de una larga historia.

Al desaparecer el viejo evolucionismo de fervor ameghinista (Outes, Ambrosetti etc.), se produjo un indudable vacío teórico. El grupo de los investigadores, a veces autocalificados como liberales, no se opuso en la práctica a la escuela de Viena, liderada por Imbelloni, quien desde finales de los '20 se hallaba en el país y a cuyo carisma, saber y combatividad (*non pacem sed gladium*) nadie se atrevía a discutir. El arribo de Menghin, cuya amistad con Imbelloni databa de mucho antes, no hizo más que afianzar una escuela que no sólo languidecía sino cuya defunción en Europa era definitiva, ya que en América del Norte nunca llegó a difundirse (Harris, 1968; Kluckhohn, 1936-1939); no insistiremos en detalles, pues ya hemos analizado este tema en un artículo anterior (González, 1985). Aquí me voy a referir a otros problemas diferentes que debieron ser incluidos en este artículo o expuestos en reuniones anteriores, pero que por problemas de extensión u otras razones no lo fueron, si bien requieren algunas reflexiones propias.

III. — Dentro del panorama institucional de la enseñanza y la investigación, ¿cuáles eran las perspectivas que se abrían al reducidísimo número

de jóvenes que se hallaban hacia los años '50 preparándose o que deseaban ejercer sus primeras armas en la investigación? Aparentemente, sólo se abrían las perspectivas de dos caminos posibles, según veremos. Uno de ellos era el de la formación oficial dominada totalmente por la escuela de Viena, y centrada alrededor de las figuras de Imbelloni y Menghin. Los pocos profesores de la vieja guardia, como Vignati, Serrano y Palavecino, concentraban su actividad en trabajos de campaña o de etnohistoria. Además, estaban escasamente familiarizados con la teoría antropológica de la época con excepción —quizá— de Palavecino. Las posibilidades de conocimiento de otros campos o teorías, o de simples enfoques distintos, sólo podían vislumbrarse a través de las escasas conferencias que brindaron en su rápido paso por nuestro país Julián Steward mientras redactaba el *Handbook* en 1944 o Wendell Bennett mientras escribía su libro sobre arqueología del NOA (Steward, 1946-50); (Bennett, 1948). Mucho más tarde llegó Schaedel, quien entonces se hallaba en Chile, donde su presencia y enseñanzas fueron decisivas para el desarrollo moderno de la arqueología de ese país.

La situación que se da en nuestras disciplinas, y especialmente en la arqueología, entre mediados y fines de la década del '50 está expuesta, de manera un tanto reduccionista, en dos trabajos del Prof. C. R. Lafón (Lafón, 1958 y 1960) y en un artículo del suscripto (González, 1959). Los trabajos de Lafón fijan con toda claridad sus puntos de vista teóricos y metodológicos, y las prácticas de nuestras disciplinas con sus implicancias ideológicas, implícitas en aquéllos.

Antes de seguir adelante desearía dejar bien establecido que nuestras reflexiones sólo tratan de contribuir, con el testimonio personal, a la historia de una época de la que fuimos “un poco testigos” y “algo de protagonistas” (González, 1985). Nada más lejos de mi pensamiento que querer reavivar polémicas o reivindicar posiciones, lo que carece de todo sentido hoy, lejos de las pasiones juveniles y avistando sólo el ancho horizonte de un tiempo infinito: la eternidad que serena trayendo la calma pero a la que la segunda ley de la termodinámica no permite disfrutar con todo el gozo del que deseáramos. Por otro lado, las polémicas de aquella época parecen haber atenuado sus notas y resaltan ahora las paradójicas circunstancias, tal como lo señalaba Stuart Mills para la política, en que las verdades de hoy pueden ser errores del futuro y viceversa.

IV. — El primer trabajo de Lafón (1958) (“De la cronología y origen de las culturas del NO. Argentino”) le sirvió tanto para historiar los diferentes enfoques de la arqueología de su época como para realizar una revisión crí-

tica de los mismos. Rastreado desde los trabajos de Ambrosetti, llega a los últimos publicados por entonces. Esta puesta al día presuponía "...una serie de reflexiones acerca de los planteos metodológicos que nos sugieren los distintos enfoques...". **Con toda razón el autor proclamaba** la "...tremenda responsabilidad de la actual generación de investigadores (que) debe ser la fundamentación metodológica de nuestras disciplinas, vale decir una renovación y puesta al día totales, en pos de una superación que es imprescindible alcanzar" (*op. cit.*: 23). Aunque el autor insistió repetidas veces, no quedó nunca claro en qué consistía esta metodología¹. Antes bien, parece que a lo largo de toda la exposición se confunden técnica y metodología.

No hay duda de que muchos de los temas puntuales del trabajo mencionado coincidían plenamente con nuestros propios puntos de vista, sobre todo en lo referente a mejorar la técnica de labor en el terreno. Las discrepancias básicas se referían a la escuela de Viena, con cuyos postulados disentíamos —entonces y ahora— fundamentalmente. Aparte de esta diferencia básica, nosotros discrepamos en gran cantidad de puntos concretos y falencias más o menos claras del trabajo de Lafón, los que quedaron expresados en la réplica con que respondimos a sus comentarios (González, 1959).

Sin embargo, la verdadera posición teórica y la crítica puntual a nuestros trabajos, junto con la indicación del correcto camino que debían tomar las jóvenes generaciones ante la disyuntiva presentada, se expone en un segundo trabajo de Lafón (1960). Allí se define a 1948 como el comienzo de una nueva etapa de nuestra arqueología y la iniciación de un nuevo "presente" en la flecha del tiempo de la Arqueología en la Argentina. Ese año ocurrieron, en efecto, una serie de hechos de indudable trascendencia y que el autor trató de definir como las "líneas de fuerza" que rigen el desarrollo de esta disciplina, la que se encontraba, según postulaba, en un indudable momento de "crisis"; y esperaba que su crítica trajera el "esclarecimiento necesario" en el oscuro panorama (*op. cit.*: 19).

Se elige 1948 pues fue el año en que aparecieron trabajos de Salas y Difreri y el Bonnett sobre el Noroeste, al que pese a "...sus efectos y limitaciones" (*op. cit.*: 20) coloca como un hito importante. Pero no hay dudas de que para el autor del trabajo citado, el hecho verdaderamente trascendente fue en ese momento la incorporación de Menghin a nuestro medio, cuya "...calidad de óptimo representante de la escuela Histórico-Cultural sirve de base para una fuerte corriente formativa destinada a tener gran repercusión". Todas estas condiciones "...marcan sin duda, una *nueva era*, aunque la falta de una larga perspectiva de tiempo conspira contra su exacta valoración" (*op. cit.*: 20; subrayado nuestro).

Cuál va a ser la posición del autor mencionado, queda a las claras expuesta en su juicio sobre Menghin y sus reparos a la obra de Bennett. Otras omisiones de menor cuantía, como la coincidencia de que ese mismo año regresaron al país los primeros dos graduados en Antropología en universidades del exterior, no alteran para nada el planteamiento básico de lo que se desea exponer, ni sobre la crisis y ruptura que pronto habría de comenzar —crisis que aún proyecta su sombra sobre sectores de la Antropología argentina—.

En los párrafos que siguen en el artículo comentado, se reseñan los trabajos recientes en aquella época, como los de Márquez Miranda (1953), von Hauenschild (1948-1951), Reichlen (1940), Serrano (1950, 1954), Canals Frau (1956), González (1952, 1954, 1955, 1956) y Menghin (1950, 1955-56, 1957).

Planteado el problema de la crisis y la necesidad de renovación en los campos de la teoría, el método y la técnica, la misma comienza por definirse claramente en la disyuntiva que se presenta a la joven generación entre dos tendencias contrapuestas o irreconciliables, juego de oposiciones entre dos corrientes de orientación filosófica, científica y metodológica muy distintas. Estas dos tendencias son:

1. — La escuela norteamericana que "...actuó algunas veces en forma directa" y otras en forma indirecta. Sus representantes habían sido Bennett, a través de su libro sobre el NO, y el autor de estas líneas, a través de sus trabajos ya citados, de su cátedra universitaria y sus enseñanzas sobre el terreno. También incluye, quizá como simpatizantes, a "...algunos hombres de los viejos tiempos..." como Serrano, por la forma como había recibido la obra de Bennett (Lafón 1960: 28 y ss.).

2. — La segunda "...gran corriente renovadora se gesta y desarrolla por obra directa y personal de Menghin, dentro de cuya simpática personalidad se escudan cien años de [¿estudios de?] prehistoria europea y toda una escuela que lo respalda. El fruto no se ha hecho esperar pues ha devuelto el prestigio a la prehistoria argentina, tan venida a menos después de Ameghino". Agrega luego que el camino estaba ya pavimentado por Imbelloni, expositor local de Graebner y los ciclos culturales (idem).

Ambas escuelas coinciden en la necesidad del desarrollo técnico pero difieren "...en la elaboración subsiguiente, médula del conocimiento arqueológico integral" (idem). En este punto, la formación filosófica, histórica y humanista, sobre la que luego se repiten insistentemente, es esencial.

Ha sido necesario definir claramente este planteo: "...para poder elegir la senda con claridad..." (op. cit.: 28). A esto se agrega una reflexión sorprendente para una disciplina en plena crisis: "Esta lucha significa el enfrentamiento en la arqueología argentina de las concepciones de la arqueología del Viejo Mundo con la concepción de la arqueología estadounidense. De esta confrontación ha de surgir *sin duda un fortalecimiento para la escuela antropológica argentina de rancia estirpe no desmentida jamás* (op. cit.: 29)². Por supuesto que esta superioridad se impondría mediante la influencia de una escuela extranjera ya casi desaparecida y por un pequeñísimo núcleo de talentosos investigadores, los que podrían contarse con los dedos de una mano y sobran dedos (op. cit., *idem*). Además, carentes de medios materiales para el trabajo de campo, imponiéndose a casi dos millones de investigadores formados que contaban con infinitos recursos y quienes habían, además, modificado los viejos esquemas de la prehistoria universal.

La discrepancia planteada hasta aquí radica no sólo en la diferencia de los fines últimos de la disciplina, sino también de otros factores como haber sido introducidos "...en el campo de nuestra ciencia, a la que han llegado en aluvión y contemporáneamente una serie de innovaciones procedentes de otros campos del conocimiento, con harto empuje, que amenazan la solidez de sus fundamentos..." (*idem*). Aquí no queda claro cuáles son las innovaciones de otros campos del conocimiento; en cambio, se insiste una vez más en los planteos generales sobre el carácter histórico de la arqueología y su pertenencia al campo de la cultura y por lo tanto a una "ciencia del espíritu" (*idem*). Resulta finalmente que la dicotomía planteada, la dualidad teórica, se reduce en realidad a un viejo problema filosófico y científico entre espíritu y materia, lo ideal versus lo real, "historia" frente a "ciencia", etc. Se insiste luego, como se ha hecho a lo largo de todo el artículo, en el carácter secundario de la técnica y el método, frente a los grandes planteos filosóficos y metodológicos. No hay duda de que existe en el artículo reseñado una permanente confusión entre la técnica y el método, según ya dijimos. En cuanto a la técnica, se omite la introducción, de enorme valor para la arqueología, del C 14 como procedimiento de datación que revolucionó la arqueología y que fue introducido desde los EE.UU. en aquella época. Esta omisión es tanto más notable cuando una de las preocupaciones del autor se refiere específicamente a la cronología.

En cambio, se expresa como un *leit-motiv* permanente la falta de "...una formación filosófica básica imprescindible, la falta de perspectiva histórica que facilite las grandes síntesis y; finalmente, la ausencia de un espíritu humanista que dé calor de vida a una reconstrucción estructurada sobre

aquellos valores históricos y filosóficos” (*idem*: 32). Los conceptos peyorativos que se vierten sobre quienes al parecer carecerían de estas cualidades y preparación, deben ser entendidos y excusados en su contexto de época, por el calor juvenil de quien defendía no sólo sus ideas sino su nicho ecológico en la Universidad de Buenos Aires, pero que gravitaba —por predominio de su escuela— en todo el país y que podía sufrir la amenaza de otras gentes y otras escuelas. Así finalmente se preconiza, siempre en el mismo artículo, la formación de arqueólogos, por supuesto, de sólida orientación científico-filosófica en la Facultad de Filosofía y Letras o de Humanidades, ya que mientras “...el cuerpo de los arqueólogos está formado por gente que no ha llegado a nuestras ciencias, desde otros campos del conocimiento con métodos, procedimientos y formación a-históricos y a-filosóficos, no saldremos del paso...” (*op. cit.*: 33). El artículo termina con una cita de Menghin, al igual que el trabajo anterior terminaba con una del P. Schmidt (Lafón 1958: 24).

Resumiendo la problemática general del artículo citado, tendríamos los siguientes puntos básicos:

- 1) La arqueología argentina se encontraba en crisis a partir de 1948.
- 2) Esta crisis se origina en diversas circunstancias entre las que se cuentan:
 - 2.1. Eliminación oficial masiva de toda una generación de profesores e investigadores (1946).
 - 2.2. La incorporación de un núcleo de profesores e investigadores extranjeros, todos ellos con vínculos al vencido sistema político nazi-fascista.
 - 2.4. La llegada al país de los primeros egresados en departamentos de antropología de universidades norteamericanas.
 - 2.5. La incorporación de nuevas técnicas que ya estaban desarrolladas en esa época en otros lugares de América (estratigrafía entre otras).
- 3) La incorporación de Menghin a la arqueología argentina y el fortalecimiento de la escuela Histórico-Cultural, resultan hechos decisivos en esta disciplina.
- 4) La escuela Histórico-Cultural posee todos los atributos favorables para la mayor eficiencia de una arqueología nacional: tiene importantes antecedentes, una sólida base metodológica, una monolítica filosofía, una visión histórica y una capacidad de síntesis indiscutible.
- 5) La oposición a la anterior es la escuela emanada o influida por los

arqueólogos yanquis. Esta se caracteriza por el gran énfasis puesto en el trabajo en el terreno como práctica corriente y prospectiva frente a una pésima o inexistente técnica y falta de trabajo analítico. En lo general se le niega formación filosófica, histórica, metodológica y capacidad de síntesis.

- 6) El campo donde se enfrentaron ecuménica e irremediamente ambas tendencias ha de ser la República Argentina.
- 7) Hay un predio de interés común en que las dos tendencias coincidirían y éste es el de la técnica. Pero mientras la escuela childeana (término no usado en los trabajos, pero es el que correspondería) propone la investigación en el terreno y el mejoramiento técnico como programa imprescindible e inmediato, la escuela menghiniana propone la síntesis, las bases filosóficas y metodológicas como de aplicación fundamental y urgente.
- 8) La disyuntiva sobre el camino a seguir por los jóvenes aspirantes a investigadores de nuestra arqueología es clara y su formación está en la Facultad de Humanidades o de Filosofía y Letras.

V. — Quizá nos hemos extendido en la consideración del artículo precedente. De cualquier manera, queremos repetir un concepto expresado al comienzo. No es nuestro propósito realizar una crítica minuciosa de esos trabajos, a todas luces desleal e inoficiosa a casi más de tres décadas de aparecidos. Se trata, sí, de esbozar el panorama más claro posible de un momento de nuestras disciplinas, definiendo una época según sus parámetros sobresalientes. De esta manera, no sólo podremos compararlas y valorarlas en relación con situaciones actuales sino también seguir, a través del hilo de los acontecimientos, el proceso evolutivo de escuelas, grupos, hombres, ideas y técnicas; es decir, averiguar de qué manera aquellos hechos y situaciones sirven al devenir de nuestra disciplina. Este tipo de análisis y comparaciones presuponen una tarea harto difícil, pero es la única que justifica estas líneas.

La crisis que se observaba en nuestras ciencias hacia los años '50, y tal como se la planteaba entonces, tenía que ver más con una cuestión de ideas y tendencias que con el orden institucional. Creemos que, ya en esa época, ambos términos —lo institucional y lo teórico-ideológico— estaban estrechamente unidos y lo están aún hoy con tanta o más fuerza que antes.

Por otro lado, la opción planteada era sólo local, inexistente para el resto del mundo de la arqueología científica, y esto lo veremos más adelante.

La crisis general dentro de las ciencias humanas existe en todo el mun-

do, pero claro está que —aun incidiendo sobre nuestro quehacer local—, tiene conformaciones *sui generis* que trataremos de analizar en puntos separados aunque indicando la mayor complejidad actual de las variables intervinientes en materia de teoría. Por fortuna, en lo que hace a la actual crisis y polémica dentro de nuestro país, el ardor de los términos encontrados parece ahora haber disminuido los decibeles de acritud de otra época, pese a que sigue subsistiendo, hoy como ayer, la dificultad para acceder o defender los “espacios ecológicos” individuales o de grupo. Trataremos de analizar separadamente algunos puntos de similitud y diferencia con el pasado, tratando de extraer algunas conclusiones.

VI. — La oposición entre la escuela del Kulturkreise y cualquier otra corriente del pensamiento antropológico, y la consiguiente opción para los jóvenes —pese a lo apuntado antes—, sólo podían darse en la República Argentina. Esta oposición, considerada aquí como una nueva inyección vital de fluido teórico, no podía darse en el resto del mundo. Tal como ocurrió con otros rasgos de nuestra cultura, llámese impresionismo de Fader, cubismo de Petorutti o corporativismo de Onganía, los modelos culturales del Viejo Mundo que pretendemos copiar o imitar, nos llegan siempre deformados y demasiado tarde, pero siempre, y por desgracia, para reemplazar la falta creativa de modelos propios o suplantar pobres modelos locales.

Llegamos así a otro punto de disyuntiva que se planteaba en la crisis de nuestras disciplinas hacia la década de los '50. Uno de los puntos que se repiten sin cesar, a la par del historicismo, es la falta de toda idea filosófica, por carecer de una formación específica de la escuela cuestionada y sus representantes. En la exposición que comentamos, aparece la cuestión una y otra vez, no sólo en el sentido de esa falta sino de la existencia de una posición a-filosófica, según hemos transcripto en el párrafo pertinente. El juicio rotundo parecería no dejar lugar a dudas a este respecto. Sin embargo cabría preguntarse, ya ante este tamaño planteo, si la validez o invalidez del mismo aún subsiste: ¿carecerían por completo las ideas de Childe y sus seguidores de todo contenido filosófico y no daban lugar a un método consiguiente? Quien conozca elementalmente la trayectoria ideológica y la formación científica de Childe sabe de sobra cuál es la respuesta. Así llegamos a la conclusión de que lo que se critica no es la falta de filosofía, que generosamente el crítico se asigna a sí mismo y a su formación y niega a los contrincantes, sino el no tener o difundir la *única* filosofía que parecería ser valedera, la sustentada por el historicismo neokantiano y teológico del Kulturkreise; todo lo demás era a-filosófico o carente de valor. Al recalcar

su carácter teológico, señalamos su signo fundamentalista y aquí llegamos por distinta vía a otra importante conclusión, que no figura ni se explicita en los escritos de esa época: la declamada posición anti-yanqui no lo es por la posición antimperialista sustentada por una gran mayoría de los antropólogos latinoamericanos.

Nadie pondría en duda que las ideas de Boas y sus discípulos llenaban entonces por completo el panorama de la antropología norteamericana. Boas, con origen en Alemania, se había formado en aquel país europeo, emigrando luego a los EE.UU. El pensamiento historicista de los filósofos alemanes neokantianos no le era desconocido, con sus ideas en las que predominaba netamente la oposición entre “ciencias del espíritu” y “ciencias de la naturaleza”; este fue uno de los puntos que fundamentó Boas y se prolonga en alguno de sus discípulos; lo “superorgánico” de Kroeber está dentro de esta línea. Lo mismo ocurre con Lowie y lo volvemos a encontrar en Beneditt, discípula predilecta del maestro, la que desarrolla —al igual que Spengler— su concepto de “espíritu de la cultura” en su conocida dicotomía entre lo “fáustico” y lo “apolíneo” (Beneditt, 1934). En cuanto a sus orígenes, este historicismo idealista y antievolucionista no era fundamentalmente distinto al de la escuela de Kulturkreise.

Es muy posible que quienes crearon la meticulosa técnica de campaña, usada hoy en toda América y que comenzó en el Sudoeste de los EE.UU., no se interesaran demasiado en los problemas teóricos de la antropología, sin trascender más allá de cuestionamientos funcionales, cuyas respuestas tenían a la mano con los grupos aún vivientes de los indios Pueblos, asentados en los mismos lugares por centurias. El carácter historicista del culturalismo boasiano no se reflejó en el quehacer arqueológico. En este campo, el evolucionismo parecía predominar, afianzándose de manera decisiva con la incorporación y la difusión de las ideas de Gordon Childe entre los arqueólogos norteamericanos, tal como queda expresado en muchas obras específicas de entonces (Brew 1946) y en trabajos de síntesis de toda América, como los debidos a Armillas, Strong, Evans, Steward, etc. Esta influencia de Childe se expresa tanto en los trabajos de síntesis como en los de teoría general; el primer trabajo de síntesis de arqueología americana, de Willey y Phillips, es de raíz evolucionista, enfoque que cambia sustancialmente en su segunda síntesis (Willey y Phillips 1958, Willey (1971). A través de estos ejemplos se pueden apreciar los fundamentos que tiene la afirmación de que no existían en América trabajos de síntesis y con perspectiva histórica fuera de los de la Escuela Histórico-Cultural.

En lo personal, nunca expusimos en nuestros trabajos de la década del

'50 los fundamentos evolucionistas que los alentaban. Nuestra preocupación básica se refería a trabajos puntuales, sobre el terreno, sin cuyos resultados creíamos era vano intento especulativo. Sólo muchos años después tratamos de establecer cuál era el papel de la historia y cuál el del proceso evolutivo, en nuestras culturas del NOA. Por desgracia, ese trabajo —que por sus posibles proyecciones continentales no utilizadas, conceptuamos como una de nuestras contribuciones más importantes— se imprimió sólo años después de escrito; nunca fue distribuido entre los especialistas y hay únicamente unos pocos ejemplares en circulación (González 1979).

Pero si no hicimos explícito nuestro marco teórico en las monografías en las que exponíamos el resultado de nuestras excavaciones, nunca dejamos de recalcar desde la cátedra la necesidad de que el arqueólogo se proveyera de una sólida formación en teoría de la cultura. En líneas generales enfatizamos, hacia aquella década, las propuestas formuladas por Gordon Childe, y de esto ha quedado algún claro testimonio (Pérez Gollán 1981)⁴.

La oposición planteada hacia los años '50 entre las escuelas en pugna europea y americana, entre enfoques filosóficos y a-filosóficos, históricos y a-históricos, era en realidad una falsa opción u oposición a medias, nacida en el desconocimiento de la realidad. El historicismo de la escuela del Kulturkreise tenía las mismas raíces idealistas que el historicismo boasiano, con el agregado en la primera, de un fuerte componente teológico (Harris 1968). A su vez, el evolucionismo de los autores americanos —omitidos en los análisis considerados— era de raíz inglesa, es decir, tan europea como el de la escuela opuesta. El antiyanquismo manifiesto en los representantes locales del Kulturkreise no era entonces de oposición conceptual tan básica como aparecía externamente, sino de raíz ideológica, por el contenido nazi y antidemocrático de ésta. La profunda y real oposición radicaba en el método de reconstrucción de los "círculos" de cultura, cuyo contenido nunca fue delineado o siquiera bosquejado para la Argentina o Sudamérica por los seguidores de la escuela de Viena: la adhesión a la escuela era mucho más proclamada que practicada, mucho más un problema de enfrentamiento personal o grupal e ideológico que científico; un enfrentamiento basado en gran medida en problemas semánticos, de confusión de conceptos (teoría, filosofía, método y técnica) y de desconocimiento de las distintas corrientes antropológicas y aun de la propia tendencia propuesta.

VII. — Actualmente, lo importante para nosotros es valorar en qué medida la situación planteada en la década del '50 perdura aún o es transformado su ropaje en la crisis actual, cuál es el proceso evolutivo habido en

práctica y teoría dentro de la disciplina. Por supuesto, éste es ya un terreno mucho más difícil de recorrer que la simple tarea de historiar tendencias; de cualquier manera, intentamos hacer algunas reflexiones sintetizando los hechos en todo lo posible.

Retomando el hilo del acápite precedente, hay un momento de la arqueología norteamericana en que el planteo general es igualmente una aguda posición dual, bajo una perspectiva muy reduccionista. Así en algún momento unos afirman que la arqueología es historia o no es nada, mientras sus oponentes nos dicen que ciencia y no otra cosa. El planteo era claro; no había disyuntiva posible y quizás era aun más contundente —por su claridad— que el que se había dado entre nosotros. Pero es necesario comenzar por aclarar lo que se entendía entonces por “ciencia”, que era el estudio de hechos regularmente recurrentes en el tiempo buscando leyes, que prácticamente se asimilaban a las leyes de las ciencias físicas.

Hoy las tendencias idealistas y materialistas se nos presentan en la antropología con otras vestiduras y otro lenguaje. El idealismo boasiano ha sido replanteado por la antropología simbólica, que tiene su máximo representante en Clifford Geertz (para una buena sistematización, Reynoso 1987).

Por otra parte, el neoevolucionismo de Leslie White demuestra poseer en su médula mucho del culturalismo de Boas y Kroeber, a quien White había criticado ácidamente. Pero muchas de las ideas de White perduran en diversos antropólogos contemporáneos, a veces mezclados, como en el “mentalismo” simbólico (Adams 1975) o aun en el crudo materialismo neo-positivista —clasificado como “vulgar” por Godelier— de Marvin Harris. Entre los dos extremos: materialismo versus idealismo, antropología simbólica versus materialismo cultural, encontramos toda una gama de matices intermedios en que lo ideal y lo material (Godelier 1984), lo cultural y lo real (Sahlins 1976) se mezclan en mayor o menor grado.

En lo estrictamente arqueológico, la aparición de la New Archaeology de los años '60 significó un considerable cambio en este campo, comenzando por los postulados epistemológicos de la deducción versus la inducción, y llegando, en otros aspectos, a incidir sobre la distinción de objeto de quehacer arqueológico.

Las subdivisiones en tendencias y enfoques dentro del mismo rótulo hacen muy difícil una síntesis, aunque existen algunas muy valiosas como la de Gándara (1980), por lo que no insistiremos sobre ella. Recalcamos el rol que juega el interés común dentro de la New Archaeology en el estudio de los procesos evolutivos de la cultura y el gran énfasis en extremar la perfección de la técnica de campaña. También sobre lo que hay pocas dudas es

sobre el carácter neo-positivista de la New Archaeology, por sus fundamentos más cercanos al materialismo cultural que a cualquier otra teoría.

Las nuevas tendencias arqueológicas se han ido agrupando en especializaciones de límites cada vez más estrechos, tales como la etnoarqueología, la arqueología experimental, sistemática, etc. Esto requiere la decisión del joven investigador sobre el camino por seguir en materia de especialidades, un compromiso más a su decisión sobre el marco teórico general que debe escoger (Yacobaccio, Borrero et al. 1988).

En resumen, y a vuelo de pájaro, tendríamos un proceso evolutivo dentro de la escuela norteamericana que, en la teoría general, cambia desde el idealismo historicista boasiano al idealismo weberiano y simbólico, y del materialismo cultural y childeano a la New Archaeology.

Pero lo que nosotros juzgamos de mayor interés en la crisis contemporánea (1990) y por su indudable proyección futura en nuestro medio, es la posición simbolista y contextual liderada por Ian Hodder. Este enfoque es una proyección de las grandes expresiones teóricas actuales de la antropología teórica, y a su vez proyección de un sistema filosófico ya de larga data (Cassirer, 1942, 1975; Langer 1942; Geertz 1973, 1983).

Hodder fue discípulo de D. Clarke y a través de éste tuvo algunas afinidades con la renovación de la teoría arqueológica en Inglaterra, en parte contemporánea con la New Archaeology norteamericana. En sus últimos trabajos, Hodder se ha alejado por completo de aquella primera posición, recalando la importancia de los sistemas simbólicos en la cultura y la necesidad de que sean puestos en relieve en la obra arqueológica (Hodder, 1982-1985).

Quizás en este momento las tendencias más encontradas de nuestra arqueología parecen estar entre quienes se acercan a la problemática simbólica (Llamazares, 1989a y 1986b), con sus interpretaciones y su valor cultural y aun su interés en el proceso evolutivo, y los que se orientan a cualquier otra de sus ramas y tendencias como la arqueología experimental, sistémica, etc. (Jacobaccio, Borrero et al. 1988).

Al haber tenido una experiencia en el pasado no queremos entrar en el juego inevitablemente reduccionista de encasillar y comparar ideas, las que lógicamente entrarán en el tiempo de la confrontación, más aún por nuestro interés actual en algunos de los problemas más generales.

VIII. — Creemos que en estos momentos se dilucida en el campo científico —más allá de la problemática intrínseca de las distintas disciplinas— una problemática cuyas proyecciones futuras ignoramos, pero sobre cuya gravitación en muchas de nuestras ideas del pasado no podemos poner en duda y sobre las que desearíamos hacer algunos comentarios.

Cuando hacia la década del '50-60 se decía que la arqueología era ciencia o no era nada y que lo que esta disciplina buscaba, en último o en primer término, era definir las leyes del comportamiento humano y del devenir histórico de la cultura (Watson, Le Blanc y Redman 1971), los fundamentos de estos enunciados radicaban en principios científicos generales, establecidos y admitidos desde Newton en adelante y entre los que contaban el principio de causalidad lineal entre causa y efecto, en la existencia de un tiempo infinito en el que los hechos se desarrollaban de manera reversible y regidos por leyes inmutables y precisas; por supuesto que en las ciencias históricas y antropológicas —y humanas en general— estas leyes no lograron concretarse nunca. Antes bien, la tendencia historicista se fue afianzando en el tiempo. Pero, claro está, no se afianzó por la acción polémica de la rama argentina del *Kulturkreise*, sino por los progresos ocurridos dentro de la física, según los principios de indeterminación de la física cuántica, la teoría de la relatividad y mucho más aún por el estudio de las estructuras disipativas y la segunda ley de termodinámica (Prigogine y Stengers 1986). La gran importancia de este impacto de la física sobre las ciencias biológicas y humanas y sobre el concepto historicista está claramente expuesta por Aberle para nuestras disciplinas (Aberle 1987). En antropología, ya Adams había aplicado conceptos de energía y poder similares en su interpretación de la cultura (Adams 1975, 1978). En los trabajos mencionados, especialmente en el de Prigogine y Stengers y en el de Aberle, quedan de manifiesto la importancia de la idea de la “flecha del tiempo” y de otro tipo de leyes o principios que en la física newtoniana llevaban a la postulación de leyes fijas o inmutables. Todo esto ha conducido a urgentes y complejas especulaciones acerca de la ciencia, la filosofía y la teología, tema en el que preferimos no entrar, para circunscribirnos solamente a nuestro problema; pero es indudable que los nuevos enfoques de la ciencia acrecientan la crisis general de nuestras disciplinas, tanto o más agravada entre nosotros por la crisis específica de las mismas. Vemos así el completo panorama que se le presenta a nuestros jóvenes investigadores tanto en lo que concierne a la teoría general como al específico de la arqueología. La ingenua y distorsionada simplificación de los años '50 parecía proponer sólo dos posiciones aunque en la realidad eran muchas más.

Del balance actual de aquella época, fuera de la desaparición del *Kultur Kreise*, queda un saldo altamente positivo: la calidad del trabajo técnico de campaña entre nosotros es un hecho logrado. Los difíciles balbuceos del comienzo fueron reemplazados por una técnica cada vez más depurada. No hay duda de que en esto nuestra arqueología ha progresado enormemente y que nuestros arqueólogos, formados ya en escuelas específicas, sea en

Facultades de Ciencias Naturales o en Filosofía e Historia, están en condiciones de asimilar cualquier adelanto técnico que se logre en otros centros. En esto también la falsa dicotomía de la formación está superada mediante la creación de las carreras de Antropología, con mayor énfasis ya en el campo de las humanidades, ya en el terreno de las ciencias naturales.

Quizá lo que precede no resulte claro para los jóvenes investigadores formados ya en una época de plena vigencia de la técnica. Pero para los que fuimos testigos de las distintas etapas del cambio, desde la época previa a la simple incorporación del cucharín y la escobilla —las pinzas de Kocher y el bisturí del arqueólogo como alguna vez los definimos— hasta la incorporación de técnicas progresivamente más depuradas, podemos apreciar el enorme avance ocurrido no importan los fundamentos filosóficos que muevan las manos de quien maneja aquellos útiles. En el trabajo del terreno no importan las leyes irreversibles o reversibles de la naturaleza o los *Kreise* culturales, o la aplicación de la segunda Ley; en el campo hay buena o mala arqueología. La elaboración posterior de los buenos o malos datos es otro problema.

En problemática teórica general, vivimos la crisis que vive nuestra disciplina en el resto del mundo, del que indudablemente formamos parte. Nos falta un principio unificador general específico, análogo al principio de evolución darwinista en biología, y de allí el desorden general.

Antes de terminar, quisiéramos exponer nuestra propia posición frente a la crisis general y específica de nuestra época. Queremos hacerlo por simple honestidad de no sustraer el bulto a la posición más cómoda de una indiferencia neutra a la confrontación actual, confrontación que es una constante del quehacer científico, cuyos resultados en este caso —sabemos a ciencia cierta— no veremos, ya que su parte en la flecha del tiempo no nos pertenece; esto puede servir a algunos de los que comienzan la tarea.

En nuestro caso, y como lo hicimos en el pasado, la postura tomada, antes que lo puramente teórico, se concreta en la posición analítica de una obra que en estos momentos (1990) imprime el Instituto Alemán de Arqueología sobre *Las placas metálicas de los Andes del Sur — Contribución al estudio de las religiones precolombinas*. Allí exponemos extensamente la necesidad de incorporar al quehacer del arqueólogo el análisis interpretativo del simbolismo iconográfico de sus materiales: no intentar llegar a conocer el uso, función, génesis y significado de nuestros especímenes arqueológicos más representativos, como el disco de Lafone Quevedo y afines, es tan grave y deprimente como intentar una interpretación basada en la fantasía personal. Por lo tanto, allí proponemos antes que nada un método que sirva a los fines que dicho estudio se propone; los resultados podrán ser juzgados

cuando la obra aparezca. En cuanto a la teoría antropológica general, estamos preparando un extenso trabajo sobre el papel de los símbolos y los sistemas simbólicos en los mecanismos que creemos nutren el proceso evolutivo de la cultura⁵. Quizá podría pensarse, cuando tratamos el problema de los sistemas simbólicos, en una claudicación o cambio radical de las ideas y principios sustentados otrora, o quizá solamente en el carácter a-filosófico de nuestra formación. De cualquier manera, el fundamento real, el sustento de esos ensayos en preparación es definir el mecanismo evolutivo estocástico, en el que interactúan dialécticamente el símbolo como unidad aleatoria y la técnica —o lo práctico-utilitario— como unidad determinante dentro del proceso generado por la evolución cultural. Hay que hacer la salvedad de que creemos simplemente que los símbolos y los sistemas simbólicos se originan en la actividad del cerebro-mente, es decir que no hay nada misterioso y sobrenatural en la entidad símbolo y por lo tanto, puede ser objeto de tratamiento científico de descripción y explicación, tanto como cualquier otra entidad de la naturaleza.

No sería difícil que algunos neopositivistas juzguen esta posición como idealista, al incorporar el símbolo entre los agentes motores del proceso evolutivo: los idealistas, y sobre todo los fundamentalistas, que tan a menudo rigen los destinos políticos y científicos de nuestra tierra, nos juzgan como crudos materialistas. Pero en desmedro de los unos y de los otros, de personas y grupos, de errores y aciertos, el saber avanza en su ritmo inexorable de decantación acumulativa por obra y gracia de un proceso evolutivo cuyo alambicado juego de interacciones no alcanzamos a explicar; como ciegos buscando a tientas en nuestra propia oscuridad las leyes que rigen un proceso del que somos parte y al que sin embargo aspiramos a esclarecer como jueces

NOTAS

¹ Dada la posición teórica del autor, no hay dudas de que esta metodología debió de seguir los postulados de la escuela Histórico-Cultural de Schmidt-Menghin. Para eso era fundamental establecer antes que nada cuáles eran los Kulturkreise de Sudamérica, para después realizar la consiguiente tarea de relacionar esos "círculos" con otros y brindar claras líneas de orígenes y relaciones. No creemos que esto se alcanzara nunca, ni en los intentos de Schmidt para todo el continente (Schmidt s/f.), ni de Bórmida en Etnografía (Bórmida 1961-64), o Menghin en Arqueología americana (Menghin 1963).

² Hemos hecho un esfuerzo para tratar de poner un piadoso manto de olvido ante este párrafo, para cuyo comentario real necesitaríamos muchas páginas. Pero pensamos que el mismo se inscribe en una terrible realidad de la que es necesario tomar plena con-

ciencia cada vez que se nos presenta, sea en la vida diaria, sea en un artículo científico como en este caso.

Este ingenuo triunfalismo opuesto a la medida y al equilibrio, que se exagera en grupos fundamentalistas, aparece aquí en el modesto e inocuo marco de la arqueología. Es el mismo que prolifera en cada competencia deportiva; pero lo que es mucho más grave, es el que reaparece en la tragedia de Malvinas, con su apoteosis de Plaza de Mayo. Es el mismo que sustenta el encono de distintos grupos entre sí, sean partidos políticos o internas dentro de un partido o fracciones militares, o —en fin— el de todos contra todos. Por ironía del destino y con toda injusticia, creemos que se trata de la misma modalidad que llevó a la eliminación del Dr. Lafón de su cátedra y cargos, y a la pérdida de su carrera, y que ese mismo triunfalismo y el núcleo de ideas que lo sustentan se enraizan hondamente en nuestra actual decadencia.

³ En el Congreso de Americanistas reunido en San Pablo (Brasil) en 1954, conocimos al P. Koppers, egregio representante de la escuela de Viena. Tuvimos ocasión de conversar con él repetidas veces; le comenatmos sobre el florecimiento de la escuela en la Argentina, en esos momentos, y le preguntamos si era equivalente al que gozaba en Europa. La respuesta fue muy clara: en Europa o el resto del mundo la escuela había desaparecido, salvo la existencia aislada de alguno de sus expositores aún sobrevivientes.

⁴ No deja también de ser interesante que en los aciagos días del “Proceso de Destrucción Nacional” (1976-1983) que vivió nuestro país, alguien, en esferas oficiales de la antropología, se refirió a nosotros peyorativa y acusadoramente como “...el que difundió las obras de Gordon Childe, en nuestro medio”, cosa que reivindicamos hoy con satisfacción.

⁵ Un trabajo en relación con la teoría general que esbozamos, aparecerá publicado por la Smithsonian Institution (González 1988-1989). Tenemos ya otros dos trabajos terminados sobre el mismo problema, los que probablemente sean reunidos en un solo volumen más adelante.

BIBLIOGRAFÍA

- Aberle, David 1987. “Distinguished Lecture: What kind of Science is Anthropology?”. *American Anthropologist*, 89: 551-566, Menasha, Wisconsin.
- Adams, Richard N. 1975. *Energy and Structure. Theory of Social Power*, University of Texas Press, Texas.
- Adams, Richard N. 1978. “Man Energy and Anthropology: I can feel the Heat, but where’s the Right?”, *American Anthropologist*, 80 (2): 297 y ss., Menasha Wisconsin.
- Bayard, Donn 1969. “Science, Theory and Reality in the ‘New Archaeology’”, *American Antiquity*, 34 (4): 376-383, Salt Lake City.
- Benedict, Ruth 1934. *Patterns of Culture*, Houghton Mifflin, Nueva York.
- Bennet, Wendell 1948. *Northwest Argentine Archaeology*, Yale University Press, New Haven.
- Bórmida, Marcelo 1961-64. “Los Gè, panorama etnológico”, *Revista del Instituto de Antropología de la Universidad Nacional de Córdoba*, II: 135-176, Córdoba.
- Brew, John O. 1946. “Archaeology of Alkali Ridge, Southwestern Utah”, *Papers of the Peabody Museum of American Archaeology & Ethnology*, XXI, Harvard University Press, Cambridge.
- Cassirer, Ernst 1942. *Las ciencias de la cultura*, Fondo de Cultura Económica, Breviarios, México-Buenos Aires.

- Cassirer, Ernst 1975. *Esencia y efecto del concepto de símbolo*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Cándara, Manuel 1980. "La vieja 'Nueva Arqueología'", *Boletín de Antropología Americana*, 2: 7-45; Instituto Panamericano de Antropología e Historia, México.
- Cándara, Manuel 1982. "La vieja 'Nueva Arqueología' (segunda parte)", *Boletín de Antropología Americana*, 3: 99-159, Instituto Panamericano de Antropología e Historia, México.
- Geertz, Clifford 1973. *The Interpretations of Cultures*, Basic Books Inc., Nueva York.
- Geertz, Clifford 1983. *Local Knowledge Further Essays an Interpretative Anthropology*, Basic Books Inc., Nueva York.
- Godelier, Maurice 1984. *L'ideel et le matériel. Pensée, Economies, Sociétés*, Fayard, París.
- González, Alberto Rex 1959. "Observaciones y comentarios al trabajo de C. R. Lafón 'De la cronología y origen de las culturas del Noroeste Argentino'", *Revista del Instituto de Antropología*, I: 315 y ss., Universidad Nacional del Litoral, Rosario.
- González, Alberto Rex 1979. "Dinámica cultural del Noroeste Argentino. Evolución e Historia en las culturas del NOA", *Antiquitas*, 28-29, Buenos Aires.
- González, Alberto Rex 1985. "Cincuenta años de arqueología del Noroeste Argentino 9, 1930-1980): apuntes de un casi testigo y algo de protagonista", *American Antiquity* 50 (3): 505-517, Salt Lake City.
- González, Alberto Rex 1988-89. *La metalurgia precolombina de Sudamérica y la búsqueda de los mecanismos de la Evolución Cultural*, M. S., presentado en el Simposio organizado por la Dra. Betty Meggers, Smithsonian Institution, Washington.
- Harris, Marvin 1968. *The Rise of Anthropological Theory. A history of theories of culture*, Thomas Y. Crowell Co., Nueva York.
- Hodder, Ian 1982. *Symbolic and Structural Archaeology*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Hodder, Ian 1985. "Postprocessual Archeology", en M. Schaffer (ed.), *Advances on Archaeological Method and Theory*, Academic Press, Florida.
- Kluckhohn, Clyde 1936. "Some reflections on the method and theory of the Kulturkreise Lehre", *American Anthropologist*, 38: 157-196, Menasha, Wisconsin.
- Kluckhohn, Clyde 1939. *The cultural historical method in Ethnology*, by Wilhelm Schmidt (English translation). *Forewards by...*: V-VIII, Fortunys, Nueva York.
- Lafón, Ciro R. 1958. "De la cronología y origen de las culturas del Noroeste Argentino", *Revista del Museo de La Plata*, N. S., Sección Antropología, V: 1-22, La Plata.
- Lafón, Ciro R. 1960. "Reflexiones sobre la arqueología argentina", *Anales de Arqueología y Etnología*, XIV-XV: 20-23, Mendoza.
- Langer, Susanne 1942. *Philosophy in a New Key. A Study in Symbolism of Reason, Rite and Art*, Pelikan Books, Nueva York.
- Llamazares, Ana María 1989a. *Análisis semiótico del arte rupestre en el Abrigo de Pilcaniyeu, provincia de Río Negro, Argentina. Primeras experiencias de su aplicación*, M. S., presentado al 46º Congreso Internacional de Americanistas (Amsterdam, julio 1989).
- Llamazares, Ana María 1989b. "Bosquejo metodológico para un análisis semiótico del arte rupestre", *Actas del VIII Simposium Internacional de Arte Rupestre*.
- Menghin, Osvaldo 1963. Industrias de morfología protopolítica en Sudamérica", *Anales de la Universidad del Norte*, 2: 69-77, Antofagasta.
- Pérez Gollán, José A. 1981. *Presencia de Vere Gordon Childe*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- Politis, Gustavo 1988. "Paradigmas, modelos y métodos en la arqueología bonaerense", en

- H. Yacobaccio, L. A. Borrero et al., *Arqueología Argentina contemporánea. Actualidades y perspectivas*: 59-107, Ediciones Búsqueda, Buenos Aires, 1988.
- Prigogine, I. e I. Stengers 1986. *La nueva alianza*, Alianza Editorial, Madrid.
- Reynoso, Carlos 1987. *Paradigmas y estrategias en Antropología Simbólica*, Ediciones Búsqueda, Buenos Aires.
- Rutsch, Mechthild 1984. *El relativismo cultural en las teorías antropológicas*, Editorial Línea, Serie Primera Línea, Centro de Investigaciones para la Integración Social, México.
- Sahlins, Marshall 1976. *Culture and practical reason*, The University of Chicago Press, Chicago-Londres.
- Schmidt, Wilhelm s/f. "Etnología Sud Americana. Círculos culturales y estratos culturales en América del Sud" *Brasiliana*, 128, Río de Janeiro.
- Steward, Julian 1946-1950. *Handbook of South American Indians*, 6 vols., Bulletin 145. Smithsonian Institution, Washington.
- Watson, P., S. Le Blanc y Ch. Redman 1971. *Explanation in Archaeology*, University of Columbia Press, Nueva York.
- Wiley, Gordon 1971. *An Introduction to American Archaeology*, 2 vols., Hall Inc., Nueva Jersey.
- Wiley, Gordon y Phillips Phillips 1958. *Method and Theory in American Archaeology*, University of Chicago Press, Chicago.
- Yacobaccio, Hugo D., Luis A Borrero et al. 1988. *Arqueología Argentina contemporánea. Actualidades y perspectivas*, Ediciones Búsqueda, Buenos Aires.